



Memorias de un cangués

1915 - 1918

Mario Gómez y Gómez

Mario Gómez y Gómez

MEMORIAS DE UN CANGUÉS

1915 – 1918

© de esta edición, Tous pa Tous. Sociedad Canguesa de Amantes del País
2012, 1ª edición (soporte digital)

Edita: Tous pa Tous. Sociedad Canguesa de Amantes del País (www.touspatous.es)

Producción digital: Tous pa Tous. Sociedad Canguesa de Amantes del País (www.touspatous.es)

INDICE

El entierro de don Evaristo de Nando

La boda de mi madrina

El incendio de la casa de Jiménez

El Ecce Homo

El macho campanón

Vaca vaquera

Corias

Noches de invierno

La carlistada

Notas

Cangas... Cangas... Cangas...! Qué sonar de seis letras que no se parece a ningún otro del lógico sabido! Me suena dentro de la cabeza; dentro del pecho con timbres de pila bautismal y de enterrador sobre mi Musa.

Cangas... Cangas... Cangas...! Cuando cierro los ojos y te nombro, veo entre tus letras y tus trazos, caras viejas ya muertas, caras de niños que aún esperan nacer, lágrimas secas, sonrisas esbozadas ayer de dolor que cambiaron de boca para ser voces de alegría, suspiros de desengaño que escapándose de entre los terrores del cementerio buscan de noche en el pueblo labios frescos que les trasformen en suspiros de amor o de ilusión.

Cangas... Cangas... Cangas...! Tierra que me señaló en la frente cuando yo vine al mundo, tierra que ha de fundir mis huesos cuando la vida me deje. De tu suelo soy un terrón que se crespó con alas y que pasada la ráfaga vuelve al suelo. Puñado vano de tierra que al caer se desparrama para que el tiempo vuelva a amasar con él, y con él vuelva el sol a hacer polvo y el agua barro.

Pero terrón levantisco soy de tu suelo que te vio desde arriba y que antes de caer y deshacerse quiso dejar tu imagen retratada. Ensueño soy que brotó de entre tus grietas, y en tu aleteo fugaz, en su efímera vida, quiso dejar pintadas tus facciones.

La villa secular, la recatada matrona que pasó los años y los siglos dedicada anónima al hallar, y ocultando su cara a las generaciones, tiene hoy un hijo indiscreto que va a esculpir los maternos trazos, para que otros hijos, los nietos, las épocas futuras, puedan ver cómo era en esta época la que le transmitió la vida y el aliento de los siglos.

Quiero pintar al Cangas de mi tiempo, al Cangas que yo viví y estoy viviendo, y pues, ese Cangas es el que empapó mi espíritu y el que sigue dando tonalidad a mi carácter, por hacer el recuento de mis años, quedará retratada la fisonomía de mi pueblo. No habrá protagonista en esta historia, ya que las emociones y los acontecimientos solo se referirán a mí como reflejo de los acontecimientos y emociones canguesas de la media centuria a que hacen velación estas memorias, y los sucesos de mi vida serán solo los motivos que reflejan mi época. El pintor es del país y el país fabrica los colores, del país es el lienzo y es la luz, y es el espíritu del país el que maneja los pinceles.

Me está pareciendo ahora que para pintar a Cangas estoy trazando perfiles un tanto extraños, y que no son estos amaneramientos y estas sublimidades las más adecuadas a la vida canguesa. En Cangas se le llama al pan, pan, y al vino, vino, y a las cereizas, cereizas, y este modo de escomenzar estas memorias parece poco oportuno.

Eso, pues, que acabo de decir del cementerio y de la pila bautismal, de terrones alados y de anagramas volanderos, téngase por un desahogo, del que sale de un ambiente de mundanal comedia para entrar en los linderos del patrio lar, donde se habla de tú a todos y de todo a la buena de Dios. Por no comenzar tachando no tacho ya los anteriores párrafos, pero no quiero que se me venga a la cara como al mozo de marras el mango del garabato.

No, no, no. Tú por tú, y a la pata la llana, y tal como pa entre nosotros hablamos los cangueses hablaré yo de esta época, paso a paso y siguiendo las peripecias de mi vida. En el falar de Cangas falaré, castellano con resabios de bable, pues el bable nació precisamente en lo oriental de Asturias, y que en ese occidente agreste e ignorado se conservan los dejes de aquella transición y los primeros trazos del castellano.

Del año 1872 al... que Dios quiera van a ser estas escenas, y digo al que Dios quiera, porque la última rubricará el párroco de Cangas con un resquiescat y aún no sé cuándo habrá que pasar aviso al párroco. Hoy por hoy no tengo prisa alguna, y si Cangas me guardase de la muerte yo me comprometería a seguir escribiendo su crónica por dos o tres centurias. No lo hará, no. ¡No sabe Cangas lo que se pierde...! ¡Es una lástima!

Escribiré buenamente de lo que hasta aquí viví, y seguiré escribiendo de lo que buenamente viva. Aunque pasé casi toda la vida fuera de Cangas, seguí con la atención en el pueblo. Desde lejos se ven mejor los conjuntos, se mira por encima y no se estrella el pintor en los detalles, en las trivialidades, rencillas o pequeñeces de la vida de un pueblo. Pudiendo así substraerme a toda rivalidad, a los enconos de familia o de partido, o de competencia profesional, estas memorias serán del todo imparciales y por todos deben ser acogidas sin prevención alguna. Siendo imparcial, teniéndome por cumplido caballero, y animado al escribir estas páginas, de un amor verdadero hacia mi pueblo y mis paisanos, creo yo que no debo usar recortes ni en los nombres ni en las citas. Cuando se trata de la historia de un pueblo jamás es indiscreto citar los nombres que a esa historia pertenecen, siempre además, que se haga con los respetos que las personas y familias se merecen. Ni las familias de los muertos que cité, ni los que cite que aún vivan deben tacharme de ligero o irrespetuoso, aún en medio de mi tono humorístico más frecuente.

Cae de su peso que yo no quiera molestar a alguno, o desconcepar a familia alguna de mi pueblo. Yo estoy seguro de no tener en Cangas un enemigo ni una enemistad, ni un desafecto, y sería necio en mí o sería una maldad imperdonable, el corresponder con algo acerbo, con críticas insanas, a los cariños y consideraciones que debo a Cangas.

Claro es que no podré renunciar al prisma con el que yo veo las cosas, y como esto no va a ser una crónica seca, una narración impersonal, sin alma ni corazón de quien escribe, en mis apreciaciones discreparé seguramente de muchos de mis lectores, más ésas no deben molestar a ninguno pues en el opinar, siendo correcto, está la sal de este género de escritos.

Ya sé que emprendo una labor difícil y que toda mi cautela será poca para no herir susceptibilidades. Las memorias íntimas son siempre peligrosas, si en ellas se citan nombres y sucesos recientes o vivientes, y cuando se relaciona con la vida de un pueblo pequeño, en el que cada suceso fue comidilla de comadres, o a propósito de comentarios, no siempre caritativos, estas memorias han de encontrarse con mayores escollos. No obstante, y animado de la mejor buena fe, me atrevo a todo, y espero no perder un amigo, ni ganar una sola malquerencia.

Y basta ya de prólogo, y desde Vigo, a tres de octubre de 1915, remontemos el vuelo a Cangas y a enero de 1872, que fue cuando el mundo tuvo la suerte de verme.

EL ENTIERRO DE DON EVARISTO DE NANDO

Mala cosa es que yo empiece estas memorias con un entierro, pero no es mía la culpa si los recuerdos más lejanos que guardo son un entierro, una boda y un incendio. De las mayores lejanías en mi memoria no sé distinguir las fechas entre el entierro de don Evaristo de Nando, la boda de mi madrina y el incendio de la casa de Jiménez. Al entierro aquel me llevaron al cuello, no sé si Sala del Embajador o Concha de Villamil, las dos estaban conmigo en la Refierta y una de ellas me llevó en brazos hasta la esquina de la cárcel. A la boda de Trinidad me llevó al cuello Pepina la Cuca, mi niñera. Cuando el incendio de la casa de Jiménez fue mi tío Santos el que me sacó de casa, al cuello, envuelto en un cobertor, y a toda prisa, porque se temía que hubiese explosivos en el comercio incendiado y era de presumir una catástrofe.

Bien se ve que estos recuerdos van asociados en mi memoria porque en las tres ocasiones me llevaron al cuello. Si fácil me sería, preguntando, averiguar las tres fechas, como las tres debieron llevarse poco, no pregunto, y al azar me fijo en una de ellas para dar comienzo a las memorias.

El entierro de don Evaristo de Nando seguramente fue un gran acontecimiento, seguramente habría bajado a la villa mucha gente del concejo y, sobre todo, del Partido de Sierra. Asistirían todos los curas de los vecinos arciprestazgos; a la puerta de la casa mortuoria, tras de la comitiva y el funeral, iría una nube de pobres, pues la casa de Nando, la de Flórez de Sierra, es de las más antiguas y prestigiosas y era de las más ricas del concejo.

Hoy corre peligro de desaparecer el apellido, pues de los hijos varones que dejó don Evaristo: uno murió soltero; el otro –un amigo del alma- era presbítero; Joaquín, que está enfermo y va ya viejo sólo tiene hijas, y Antón parece rebelde al matrimonio. Hace muy mal Antón. En llegando a cierta edad, yo le critico mucho su obstinada rebeldía.

Don Evaristo murió cuando la casa estaba en su mayor riqueza, cuando las rentas de las haciendas aún significaban mucho; cuando no habían sido ruina todavía de los viejos solares las carreras universitarias de los hijos; cuando se comía potaje y carne salada todo el año, y la fogaza duraba media semana y los trajes media docena de años; cuando los gastos, en fin, no superaban jamás a los ingresos. En tal esfera, con tal nombre y riquezas, el entierro de don Evaristo habría de ser suntuoso y muy sonado.¹

Solo recuerdo que al cuello de Concha o al de Sala, vi pasar mucha gente, muchos curas, el actual, algunos señores con chistera. De las chisteras sí que me acuerdo, era cosa que me llamaba mucho la atención y que no se veía en Cangas más que el día del Corpus, en los entierros y algunas cuando llegaba el conde de Toreno.

Como los vi después en muchos funerales y entierros de la villa, supongo ahora que los curas irían aquel día con sobrepellizas deslucidas, arrugadas, amarillentas, pues las llevaban a las pitanzas en un negro u oscuro fardelillo, y en él volvían a la rectoral, estrujadas entre algún paquete de azúcar, de chocolate o de carne fresca si los funerales habían sido en la villa.

Es seguro que estaría en el entierro el cura de Piñera, el de más fama para hacer gorgoritos con la garganta y el que más resolfeado sacaba un “porce”. No faltaría el cura de Santa Eulalia, un buen señor, y uno de los hombres más gordos y colorados que yo he visto. Estaría el cura de Limés, don Luis, todo un virtuoso, el que por su modestia, su ejemplo y su don de consejo merecería grandes respetos y cariños de la parroquia y del contorno.

Si en el entierro cantaba el cura de Corias, poca fuerza daría al coro, pues aquel señorín pequeño de cuerpo y de cabeza pequeña, tenía una voz ronquilla que le recomendaba poco, pues en aquellos tiempos los curas valían para sus feligreses en relación a su voz y corpulencia. Este de Corias era simpático y tenía nombre de muy dicharachero. De él sé una anécdota que merece aquí un sitio.

Era la mañana de un sábado, cuando don Manuel, que así se llamaba el párroco, encontró en la carretera a don Román Arango, que iba hacia Corias.

– ¡Ha visto usted qué desgracia! –le dijo al acercarse–.

– ¡Caramba, caramba! –contestó don Román, que ya conocía las mañas del buen cura.

– ¿Y, qué ha sido, qué ha sido?

– Pues, nada, que está ardiendo la mar de cabo a rabo.

– ¡Qué pena, qué catástrofe! –replicó don Román–. Ya me lo estaba yo figurando al ver que las sardinas que trae el Jorro vienen todas chamuscadas.

Aquellos curas se parecían poco a los de ahora. Eran poco instruidos, no leían, no estudiaban; curas de carrera corta que se decía, sabiendo muy poco de religión, un poco de latín, bastante de moral para el uso de las parroquias, y mucha gramática parda y de marrullería aldeana, para convivir bien en las aldeas y ser de los aldeanos paño de lágrimas y acertados consejeros.

Los curas de entonces eran unos personajes. Las misas eran de a peseta o cinco reales, pero nunca faltaban las pitanzas, es a duro, y el sueldo, como hoy, una miseria; pero la manteca, los huevos, la leña, la yerba para el caballo y algún lacón y algún queso salían de regalos o del cepillo de las ánimas, y así, la vida salía barata; aún quedaba algo para los pobres de la parroquia, para los pordioseros transeúntes, para alojar con rumbo a los médicos, curiales y romeros de la villa, y para dejar en testamento algún prado, alguna tierra o algunas onzas al sobrino casado en casa.

Tal vez porque los miro desde la altura de mis años, los curas de ahora me parecen demasiado jóvenes, son más ilustrados, no cabe duda, son más virtuosos o más cautos, pero creo que se han alejado mucho del ambiente de su santa misión y que no se identifican con el medio. Pienso si será más defectuoso un cura que por muy culto no se adapte a su selvática parroquia, o un cura que por inadecuado consienta y conviva en los errores e incivilización de sus agrestes feligreses.

Aquel cura de Noceda, amigo de mi abuelo, diplomático y muy entendido en culinaria. Aquel párroco de Arganza, jándalo y muy jinete. Aquel “El Guindo”, párroco

de Entrambasaguas, tenía una prestigio y una autoridad un tanto bucólicas y bastante despóticas, pero muy parroquiales y muy de su gente y de su época.

Viene aquí a cuento algo muy chusco que al Guindo le ocurrió en la novena de las Ánimas de Entrambasaguas, y que fue muy reído por los cangueses durante muchos años. Eran especiales de la novena unos motetes de tan terrorífica letra como tétrica música; letra que sabía todo Cangas muy de memoria, aunque solo en aquella novena se cantase. Se conoce que la memoria musical de aquel buen cojo –cojo en más de una cuarta de la pierna derecha– no era tan fiel como la de sus filarmónicos feligreses, y cátrate tú, que tratando de entonar desde el púlpito el consabido motete, el primer día de un anual novenario, no acierta con la música, titubea, y sale del mal paso adaptando la letra religiosa al tono de las más usuales giraldillas. “Rompen, rompen mis cadenas, alcanzadme libertad, cuán terribles son mis penas, piedad, cristianos, piedad”, decía el motete, que entonado con tal desacierto por el Guindo, hizo que Juaca la Gaitera –que era de armas tomar– se levantase muy airosa, cantando con igual música la muy bailada copla: “Qué llevas en esa saya, que tanto vuelo le das, son naranjas de la China, dame la mano y verás”.

Lo que estoy viendo es que, con esto de las novenas y de los curas, nos vamos alejando del entierro. Busquemos el fúnebre cortejo y veamos por él lo que eran los entierros de entonces.

Dije que en la comitiva iría una nube de pobres, y no me apeo de lo dicho, pues, en días tales, salían pobres hasta de debajo de las piedras. Formaban enjambre una asquerosa gusanera, que se anticipaba en la casa mortuoria a la que yacía ya dentro del féretro.

¡Cómo que el repartidor de limosnas era muy escogido, y había de ser hombre de confianza y de cierta reputación en la familia! Cuatro cuartos, seis cuartos, eran dádivas de un funeral de rico, pero, tratándose de don Evaristo, tal vez llegase la limosna a ocho cuartos, a más de un roquete de negro pan de centeno, del que se repartían grandes fogazas.

Después del sepelio o después del funeral, si no eran seguidos uno al otro, la casa del difunto llenábase de gente. Los deudos del enterrado tenían que multiplicarse para recibir pésames, para que no faltasen viandas en la mesa, ni pienso en las cuadras, y puntales a las caballerías. Aquel día, en la casa de Nando, habría mesas a mantel en pasillos, en salas y dormitorios: en los más espaciosos comerían los curas y los señores principales; en otros más modestos los renteros y aldeanos modestos; en la huerta, en el patio, sobre las arcas o en los pudines de la bodega, los criados y espoliques que traían los señores, y los llambiones officiosos, que, sin sumarse a los pobres, se agregan siempre en esos casos y allí donde sale de balde la fartura.

Toda la casa era un bulle-bulle y un run-run que más se parecía a día de fiesta o de feria que a día de luto. La viuda, los hijos o los padres del difunto resultaban demasiado atareados para poder entregarse a su pesar, y es posible que haya que aplaudir a un tal barullo, como saludable lenitivo, aunque en exceso costoso, a las amarguras de esos días. Cierto es que, no habiendo entonces fondas ni posadas apenas, en la casa del muerto habían de comer los curas y todos los forasteros, pero, en aquellas comilonas y banquetes funerarios, no estaban muy lejos la villa y el concejo de los tiempos

primitivos o de los pueblos salvajes, en los que un sepelio o funeral eran desenfrenadas orgías.

El ataúd sería como los de hoy, pues que en ese artefacto las modas han hecho poco daño; pero, el ir en ataúd era ya prueba de señorío en aquel tiempo. Los pobres, que lo eran casi todos, iban envueltos en una sábana y en las andas parroquiales al cementerio. A don Evaristo seguramente lo habrían amortajado con el hábito de alguna orden religiosa, lo que era muy usual para aquellos señores piadosos, y mucho más tratándose de la casa de Nando, criadero de curas y de frailes.

De la primera mortaja de los pobres, que era una sábana, se pasó a una fea túnica de percal; una especie de saco con mangas y capucha y con vivos amarillos o muy chillones. Hoy, ya los aldeanos amortajan a sus deudos como en la villa, con las mejores ropas que usaba el muerto. Los fantasmas, no obstante, siguen usando sábana, que yo no sé de dónde pueden sacarla. Pienso que si los fantasmas no desaparecen pronto, van a perder su mérito principal, porque, sin sábana, vestidos por un buen sastre, con botas y con sombrero, van a perder el tiempo.

No sé si don Evaristo de Nando habrá sido el primer Flórez de Sierra que fue a dejar sus huesos a un cementerio, porque estos son unos establecimientos modernos, ya que antes se enterraban en las iglesias, y que los grandes señores tenían panteones o capillas especiales de familia. En la ermita del Acebo, un día que estaban haciendo una reforma, vi yo remover unas antiguas tumbas y sacar huesos de unos Flórez de Sierra.

Me está pareciendo ahora que para principio de estas memorias, insisto demasiado en asunto así de triste, cual lo es el de tumbas, entierros y ataúdes. Hora es ya de que cambiemos de tono; que se levante Juaca la Gaitera con aires más alegres y trasladémonos desde el entierro a una boda. Que así van mis recuerdos y así el mundo.

LA BODA DE MI MADRINA

Yo pienso que ya la noche era avanzada, que yo estaba en mi cunita, que me cogió Pepina en brazos y me llevó a la Botica de Arriba. Recuerdo haber entrado en una habitación con mucha luz, mucha gente y en la que había mesas con muchos dulces. Recuerdo que me mimaron mucho, que me dieron a beber una cosa muy rica, pero que me hizo daño, y no recuerdo más.

Tiempos después me han dicho que aquella cosa muy rica era champagne, y que había cogido una trupita, que, si al principio me hizo muy chistoso entre los comensales de la boda, luego me costó una vomitona, y luego un sueño, que para hoy lo quisiera, y también el champagne, en noches de desvelo.

El porqué me llevaron allí, si no lo sé, lo adivino. Mis padres eran los padrinos en el banquete, algunos convidados les hablarían de mí, deshaciéndose, es claro, en mil ponderaciones, y entusiasmada mi madre de tan gratas lisonjas para su primer crío, habrá mandado un recado para que me llevarsen. Digo yo que habrá sido así, pues no creo creer que yo estuviese aún en la lactancia, y que me hubiesen llevado para darme una chupada. De todos modos, no estaba mal pensado despedir a los novios en la noche de bodas con las monadas del primer crío de un reciente matrimonio.

La novia era mi madrina, hija de don Domingo Sal de Rellán, el boticario de arriba, porque el de abajo, lo era don Nicolás Ballesteros, de tan mal genio aquél como éste, de muy poca estatura los dos, y los dos primeros boticarios que tuvo Cangas. Hacían la triaca magna, preparaban muy bien el polvo de ojos de cangrejo o de asta de ciervo que recetaban don Joaquín el Cirujano, o mi abuelo [Benito Gómez], pero sacaban mucho más del bálsamo samaritano, de los emplastados de diaquilón, del cerato simple y de las sanguijuelas que despachaban.

Tengo la duda de si en aquellas fechas se habían inventado ya las pastillas de goma, pues yo me acuerdo muy bien de los dulcinos y las galletas –paciencias– de don Darío, de los caramelos retorcidos de Manolita de Silo, de las mantecadas de la Peluca y de los bartolillos de María de los Caramelos; no hago memoria de las pastillas de goma de las boticas, y eso es que no las habría, pues no puedo creer que a un rapacín tan chistoso, nieto del médico, hijo del médico, no le diesen pastillas los boticarios.

Volvamos al banquete de la boda y digamos que el novio era un bizarro teniente de infantería que se llamaba don Luis David Matols, uno de aquellos destinados a la flamante Zona de Reclutamiento establecida en Cangas, y a la que muchos fueron en castigo, saliendo de allí con premio, pues sacaron esposa de allí donde todas son santas y amantes.

La Zona fue establecida en Cangas por influencias del conde de Toreno en el año... y por Cangas desfiló entonces una oficialidad muy distinguida, y otra, ésa de la reserva, muy apreciada por los viticultores de la villa, y que hacía subir el precio de las magras. Todos, y rara fue la excepción, dejaron buen recuerdo, todos llevaron buena memoria de Cangas y muchos de ellos sacaron de Cangas buenas cosas. Aquella Zona no tenía razón de ser allí, y era una injusticia para los otros concejos de occidente, pero ha sido una lástima para el pueblo que desapareciese.

A cuento de aquella Zona, no será impertinente recordar lo que con uno de aquellos oficiales, tiempo después, me ha sucedido.

Estaba yo destinado en Manresa el año 1909, cuando un día el comandante mayor me llamó a declarar en el expediente de un inútil. Al contestar a los generales de la ley y decir yo que era natural de Cangas de Tineo, el comandante abrió unos ojos de a cuarta, extendió los brazos y a poco si me abraza.

– ¡Usted de Cangas...! ¡Usted de aquel pueblo tan simpático! ¿De qué familia es usted?

– De la del Médico –dije yo–.

– ¡Ah! Hijo de Manolita. Dios mío, ¡si soy viejo!

Aunque el secretario de causas llevó un plantón de una hora, con la pluma en la mano y esperando que terminase nuestra charla, aquel día no progresó el expediente y yo, en vez de contestar a las preguntas sobre la inutilidad de un quinto, tuve que dar noticia al comandante de todo Cangas y de todos los cangueses.

Me preguntó por muertos y por vivos, hizo recuerdo de cómo Carlos de Alejandrín se había roto una pierna en las obras de la casa de don Marcelino Arango, de cómo los cangueses obsequiaban a los oficiales allí destinados, y más a él y a los que como él llevaban nota de ideas avanzadas.

“He conocido aquí a un comandante muy simpático, que se llama Del Amo”, le escribía yo a mi madre, después de aquella escena. “Pregúntale, –me contestó mi madre– si se acuerda de cuando hiciste de hijo suyo y de Carmen de Alejandrín, en una comedia que representaron en este teatro”.

Mi madrina murió joven estando su marido de guarnición en Lugo. Don Luis David Matols murió hace pocos años en Toledo, siendo allí catedrático de la Academia [de Infantería]. El mismo día moría su hijo mayor, Luis, también oficial, ahijado de mi madre. Dejaron otro hijo, César, hoy primer teniente de infantería, y dos hijas casadas, creo, con militares.

La Botica de Arriba estaba en la tercera casa, a la derecha, yendo desde el Mercado hacia la Plaza de Riego. De dos años cambió ya la botica y no sé de cuántos aquella casa. En Cangas no ha quedado el apellido Matols, ni el de Sal de Rellán, y también cambió de manos y de nombre la botica de Ballesteros.

EL INCENDIO DE LA CASA DE JIMÉNEZ

Como no los he escogido, yo no tengo la culpa de que mis recuerdos más lejanos sean tan poco simpáticos. ¡Un entierro, una boda y un incendio: tres desgracias! Y es el caso que como me he propuesto un orden rigurosamente cronológico, al incendio habremos de ir ahora y no hay que asustarse de las llamas.

Los que se asustaron aquella noche fueron mis padres y mi abuelo, cuando oyeron decir por la Refierta que en la casa incendiada había explosivos. Oírlo y decirle a mi tío Santos que me sacase de la cama y me llevase a su casa envuelto en los cobertores, todo fue uno, y al salir yo de casa al cuello de mi tío, camino de la calle de Arrastraculos, fue cuando vi el pavoroso fuego.

Aquellas puertas eran bocas de infierno. Salían las llamas lamiendo la fachada, crujían las maderas y chisporroteaba el agua que a calderos echaban los vecinos, siempre en esos trances abnegados. Y aquel horrible espectáculo, los gritos de las mujeres, la alarma de aquel gentío lleno de pánico en la Refierta, quedaron muy grabados en mi memoria, aunque mi paso por allí, en brazos de mi tío, fuese de unos instantes.

La casa de Jiménez [Francisco Jiménez Delgado] era la que, con su fachada principal a la calle Mayor, hacía esquina a la calle de Burgos y a la Refierta. La casa estaba entonces en ruinas y estaba en obras; me acuerdo de un corredor destartalado, y de un desván muy alto y a medio hacer, en el que Encarna, Sala, Antón, Rodas y otros chiquillos algo más grandes que yo, hacían comedias, solo para chiquillos.

En la planta baja era donde Jiménez tenía el comercio. El comercio cerró con el incendio, luego se puso allí una tómbola, rifa y panorama; después una lujosa tienda de ultramarinos, y más tarde se estableció allí Pedro Potape, el genio comercial de Cangas.

No creo yo que Jiménez –un señor simpático y correctísimo, comandante de infantería en la reserva– tuviese disposiciones para el comercio, pues siempre me pareció un tanto tímido y con menos gramática parda de la que en el comercio es necesaria. Su respetabilísima señora –una Valcárcel– era de un carácter demasiado duro y afable para luchar con la parroquia aldeana, y por eso creo yo que, aún sin aquel incendio desgraciado, no hubiese sido el comercio de Jiménez de grandes prosperidades.

Sin embargo, el comercio de Cangas necesitaba de una renovación, y la época era propicia a unas nuevas empresas. Los comercios antiguos, el del Rizoso, el de don Román, el de Ríos, el de Parnicos, iban desapareciendo y concentrándose a las ventas primitivas: bayetas, estameñas, pardomontes, cinchas, pañuelos de la India, cabezadas, y algún lienzo, algunos botones y algunas cintas.

Es claro que, al mismo tiempo vendían todos ellos ultramarinos, y entiéndase por éstos solo aceite, azúcar, arroz, azafrán y canela. Los garbanzos, que casi eran un lujo, comprábanlos los cangueses a arrieros que venían de Castilla; el café era cosa de señores y totalmente desconocido en las aldeas; en Cangas no se comía otro queso que el de afuegalpito, que en la plaza se compraba los sábados; solo en la villa se conocían los fideos y en aquel tiempo no había latas de conserva, ni mermeladas, ni frascos de encurtidos, ni nada de eso de lo que ostentan y hacen hoy los flamantes comercios de ultramarinos.

El primero especial de ultramarinos y de loza fue el de don Darío Oliveros, que vino de Luarca a establecerse a Cangas. Era un comercio muy bien puesto, muy pulcro. Don Darío hacía dinero, era muy fino y daba siete caramelos por dos cuartos, caramelos envueltos cada uno en su papel y con esencia y todo. El comercio estaba en la casa vieja de don Saturnino Blanco, que hace esquina a la calle Mayor y a la Plazuela. Más hacia el fondo estaba el comercio de don Ramón el Lencero, que como el nombre indica, era de los que vendían lienzos de feria en feria, y que se había establecido en Cangas cuando las ferias perdieron su importancia y el tráfico se hizo estable y fijo. Hijo de aquel Ramón el Lencero es uno de los oradores sagrados hoy de más fama, magistral en el Cabildo de Santiago.

Acabó el comercio de Trapiello en la Plaza, uno de los más antiguos y que hacían más ventas; el de don Baldomero Uría, la primer ferretería que hubo en Cangas; el de don Estanislao Ron, antes del Anfesón, y el que don Ceferino Ordás tenía en Ambaguas.

Todos estos comercios aunque los llamo viejos no lo eran sino refiriéndome a mi época. Sus dueños entonces eran los mismos fundadores, no había en Cangas abolengo comercial, eran forasteros todos o casi todos, de Tineo, de Ibias, de Luarca, alguno catalán, otros de algún pueblo del concejo, todos hacia la fuente de fortuna que nacía en Cangas, al hacerse centro comercial obligado de tres o cuatro concejos.

De los comerciantes de ferias precisados a fijar su comercio, el prototipo y el genio comercial era Pedro Potape. Su nombre era más conocido en los contornos que el más señor de los señores, y era señor despachando, pues se lo pedían por favor, y eso que chalamaba con ricos y pobres, con curas y seglares, con la villa y el concejo.

Era un hombrachón fuerte y colorado, de hablar recio y de mirada dura, trataba a los parroquianos de malos modos, y él sabía que cuanto más tirano se mostrase, con más sumisión y más fe acudían a su comercio. Bien se puede decir que conocía el percal, porque conocía bien los flacos aldeanos, y mucho algodón vendió por lino, curas hubo que le pagasen un mal satén como precioso raso, y de los primeros estampados que llegaban entonces hacía él damascos, hasta para casullas.

No sé en qué local se estableció primero, yo recuerdo en la Refierta, en el que había sido comercio de Jiménez, luego en la calle de la Cárcel, donde ahora tiene Marcial Arango su comercio, y después frente a la Plaza, a la bajada de la Vega. Viviendo en la Refierta perdió a su hijo mayor, el pobre Álvaro, un rapaz como un roble y muy simpático. Pedro murió de “delirium tremendum”, y con él desapareció de Cangas el recuerdo de lo que había sido el primitivo comercio ambulante de ferias y mercados.

Y ahora volvamos hacia el incendio, que ya no da calor alguno. Es decir, calor da todavía aquel local a los que van a buscarlo en copas de anís, de ron o de coñac, pues allí, después de haber sido el comercio de Víctor [de Llano González], tienen los nietos de Víctor un gran café establecido.

El incendio quemó todos los géneros que había en el comercio, y si alguno se libró de las llamas, fue estropeado por el agua que allí arrojaron los cangueses.

En Cangas los incendios son muy raros, merced a la madera de castaño que se emplea en la construcción, bastante refractaria al fuego. Los vecinos, además, están siempre propicios para esos casos, para llevar agua, derribar puertas y paredes, y para atajar en fin los daños de la catástrofe. Señoras y señores enmoquetados se ponen en la cuerda que apurre el agua desde las fuentes, de los pozos o desde el río al lugar del siniestro, y hay siempre gente arrojada, verdaderos héroes, que trepan por los balcones y ventanas y suben a los tejados a echar calderos de agua desde allí o para librar del fuego enseres o riquezas de la casa.

El incendio del comercio de Jiménez creo que haya sido el más grande y desastroso desde aquellos tiempos hasta hoy. Antes de aquel había habido otro, no muchos años antes, que dejó en los cangueses un imborrable recuerdo. Me refiero al de la Cuadra de las Mulas, de la que aún queda un tendejón ruinoso y unos escuetos paredones, un día abrasados por las llamas. La Cuadra de las Mulas sigue dando nombre a aquel paraje y al barrio allí naciente, carretera de Llano. Eran cuadras de la empresa que explotaba los montes de Muniellos², y aquel día quemaronse vivas algunas reses, que con sus fieros mugidos infundían espanto a los cangueses, sin que se pudiese prestar auxilio alguno por lo peligroso del sitio y lo inaccesible del edificio.

Y ahora, apartemos del ánimo estos pavores, y vamos en busca de recuerdos más alegres.

EL ECCE HOMO

Hoy vamos de romería [al Ecce Homo de la Regla de Perandones]. La mañana es espléndida. El sol no ha entrado aún en la Refierta, pero allí está Juan de Ardaliz con el carro que mi abuelo le encargó para nosotros, y Lin de la Himera con el que don Felipe Villamil encargó para los suyos. A medio vestir y esperando el desayuno ya estamos allí Eduardo y yo, disputando cual de los dos carros es más grande o si son mejores las vacas del suyo que las del mío.

En el pezón de cada carro se atan las grandes cestas cubiertas con blanquísimos manteles, luego bajan las almohadas y banquetas. Todo es subir y bajar de las criadas y de la gente menuda. Las vacas se impacientan, mi abuelo riñe, don Felipe se incomoda, y al fin aparecen las amas de casa que a duras penas pueden subirse a los carros.

– ¿Pusiste los vasos? ¿Y las copas? ¿Está todo? ¿A que te olvidaste del queso? –dice mi madre a Pepina–.

– Todo va –dice Pepina–, pero ahora que me acuerdo, falta el azúcar.

– Pues ya estás subiendo a por él en un periquete.

– Que se corra para adelante señora –dice Juan de Ardaliz–, que va el carro muy trasero.

– A ver si acabáis de una vez, –dice mi abuelo–. Pero con gran impaciencia mía no se rompe la marcha.

En el carro de Villamil pasa dos cuartos de lo mismo. Doña Virginia es señora de mucho peso y tarda en acomodarse; además, allí son más chiquillos.

– Que bajen otra almohada –grita uno–.

– Que dejéis bien cerrada la puerta del corralín –exclama otro–.

– Que no abran esa sombrilla encarnada porque se espantan las vacas –dice Lin de la Himera–.

– Arranca, arranca –le ordena don Felipe, y al mismo tiempo le da dos sopapinas a Eduardo porque pinchó a una vaca–. ¡Anda, que aguante, que lo que quería era que su carro fuese delante del nuestro!

Por fin arrancan los carros, pero aún no ha llegado el Villamil a más allá del Palacio cuando tiene ya que detenerse.

– Espere, Lin –le gritan las mujeres–, pare un momento que se nos olvidaron los pantalones de repuesto para mudar a Bernardín, que suba Celia por tres o cuatro pares.

Bien se ve que en esta escena no nombro nunca a mi padre, y es que él, como un pollo que era, no había de ir en el carro, ni estaba muy conforme que mi madre fuese en vehículo y locomoción tan poco airosa. Era cosa de mi abuelo, que gozaba en aquellos

ajetreos, muy amigo de romerías y de que a las romerías fuesen todos los de la casa, y es claro que no había de faltar el nieto.

Algunos años hemos ido a caballo, y mi madre también, que montaba con cierta desenvoltura, pero se necesitaba una recua para la gente y la merienda. En coches no había que pensar, pues no estaba hecha la carretera, y en Cangas no se conocía más coche que la diligencia.

Con eso, ya queda dicho todo lo que guardó mi memoria de aquellas fiestas del Eccehomo. Entiéndase por aquéllas las de mi niñez primera, pues, al Eccehomo he ido luego muchas veces, y aún estoy yendo, y allí he de tropezarme con mis lectores en otros días de fiesta si Dios quiere.

Con las mismas vaguedades ha guardado mi memoria mi primer viaje al Acebo. Recuerdo que era muy de mañana, que iba a la grupa con mi abuelo, que hacía frío y que, subiendo hacia Curriellos, mi abuelo sacó un frasco muy pequeño y muy guapo, y que me dio unos sorbos de licor de café para que espantase el frío. Acuérdomme que después comíamos todos en el suelo y en una cuadra, y que allí fuera había mucha niebla, mucha gente, que salía una procesión, y que un gigante de pólvora daba vueltas hasta que le estampaba la cabeza.

A mi padre todo se le volvía envolverme en una manta para que no me entrase la ronquera, y todos eran a burlarse de Carmen de Alejandrín, porque estaba muy mojada, y se le ajuntaba al cuerpo el vestido de percal, hecho una sopa. Mi madre le decía riéndose que con aquella facha no iba a gustar a Elvira de Monasterio, y apurando,



apurando en mi memoria algo recuerdo de Elvira, y pienso que sería un pollo de circunstancias y que le brindarían a Carmen su conquista.

Sigo sin precisar la fecha de estos recuerdos, mas deben seguir este orden, porque forzosamente estas escenas han ocurrido antes de la obra de casa de Villamil y de la muerte de don Felipe.

No me acuerdo de la casa vieja de Miramontes, la que derribó mi abuelo para hacer la que luce con sus balcones en la Refierta, pero sí de la casa vieja de Villamil, con unos balconcinos de madera pequeños y muy viejos, a los que se asomaba la abuela de don Eduardo, una viejecita muy arrugada, muy friolera y muy pequeña.

Don Felipe hizo el derribo, hizo una hermosa casa, y a Eduardo y a mí tenían que reñirnos muchas veces por nuestro afán de subirnos a los andamios. Aún estaba la casa sin terminar cuando una epidemia de viruela que

Casas de Villamil y del Médico o de Gómez en la plaza de la Refierta, Cangas del Narcea, hacia 1900. Foto de Eduardo Méndez-Villamil.

invadió a Cangas hizo una de sus víctimas a don Felipe y a Salud, su hija mayor, una señorita ya, y al parecer muy guapa.

Fue aquella una gran desgracia. Yo solo recuerdo los gritos y lamentos de doña Virginia, que yo oía desde la viniella medianera, y la prisa y alarma con que subía mi madre a consolar a la familia en aquellos trágicos momentos. También recuerdo de las lamentaciones de mi abuelo porque don Felipe y Salud se habían resistido a vacunarse.

Aquella fue una lección para toda la villa y mucha gente del concejo. Cuando se inició la epidemia mi abuelo y mi padre llevaron vacuna antivariólica e instaron a todos los vecinos a vacunarse. En casa de Villamil se vacunaron todos, excepto Salud y don Felipe que no tenían fe en remedios preventivos, y ellos dos fueron los únicos atacados y a los dos les costó la vida, igual que a otros cangueses que se resistieron a la vacuna. El resultado fue tan evidente, tan palpable, que Cangas fue desde entonces muy cuidadosa y devota de la vacunación. Aquella fue también la última epidemia de viruela que hubo en Cangas.

La muerte de don Felipe tronchó de un golpe el lucido porvenir de la familia. Era notario de Cangas, y eran tiempos aquellos de muy sanos ingresos en notarías, y era don Felipe un hombre caballeroso y de prestigio. No era muy económico, pero tampoco había tenido tiempo a hacer ahorros, y así solo pudo dejar a su viuda y a sus hijos muy poco más que la casa.

Yo recuerdo de unos disgustos muy grandes entre doña Virginia y don Joaquín Regueral, porque de la casa de éste quedaban todavía abiertas unas ventanas hacia las habitaciones de la de Villamil. Eduardo, es claro, no podía ver a don Joaquín y, es claro, tampoco yo podía verlo. Está de Dios que, empiece yo estos capítulos con bodas o romerías, siempre concluyo en calamidades o entierros. Tengo ya ganas de seguir de cabo a rabo un tema alegre, sin que ningún recuerdo triste venga a mezclarse en las alegres expansiones de la niñez dichosa.

EL MACHO CAMPANÓN

Todo el que guía, el que manda, el que lleva la delantera, la marcha, los adornos, y sobre todo, el ruido, es para los chiquillos, sea hombre o bestia, el personaje admirado. No conocíamos a los arrieros, nadie era nada para nosotros, aunque en lujosas cabalgaduras bajasen los ricachones de Naviego y Cibeá, pero el macho campanón era una figura respetable, era nuestro héroe. Los sábados íbamos a esperar la recua hasta Santa Catalina, y al lado de la estruendosa esquila volvíamos con religioso respeto. Yo creo que el macho campanón también nos conocía y que era amigo nuestro.

Los sábados estaba muy concurrida la Refierta. Allí paraba la gente rica de los ríos de Carballo o Naviego luciendo a cual más soberbias cabalgaduras. Todos entraban en el comercio de mi casa a saludar a mis padres o a mi abuelo, y pienso yo que entre todos debían descollar por su figura, por su trato o por su riqueza Manolito Ferreiro, Santiaguín Gancedo, Ferrandín de Carballo, Pepe del Puerto, un pollo de Vallado que murió tísico muy joven y algunos otros que no recuerdo ahora; si de éstos hago mención es porque no se me han olvidado las bromas que daba mi madre a Carmen de Alejandrín con todos ellos.

En la Refierta paraban también las recuas de los del Puerto. El mesón de don Joaquín Segúndez –de doña Joaquina luego–, llenábase de gente y lo mismo la casa de comidas de Juanita. Acudía la gente del concejo a recoger los encargos que traían los arrieros, y en la Refierta eran las despedidas extremosas de los aldeanos que, a media caballería o a toda cabalgadura, marchaban a Madrid en busca de fortuna.

Entonces reíamos los chiquillos ante aquellos gritos y lamentos de las madres o hermanas de aquellos emigrantes, pero yo sí que dejé de reír muy pronto ante aquellas escenas, y más de cuatro veces, luego, tuve que apartar de ellas los ojos arrasados en lágrimas. ¡Cuánta servidumbre, cuánto desamparo! ¡Qué enconada lucha con la suerte comenzaba en la Refierta y al arrancar la recua!

Cuántos de aquéllos murieron tísicos en Madrid, cuántos volvieron tísicos a morir a su pueblo, cuántos mozos de cuerda, echadores de café, aguadores, dependientes de tabernas,... suspiraron en noches de desilusión e insomnio por la aldea de Cangas que habían dejado, por los deudos queridos que les habían despedido en la Refierta.

Cierto: Pepín, Provisor, Basilio³ podrían contarnos cómo al llegar la recua a Santa Catalina se habían secado ya todas las lágrimas y comenzaba el canto. Dale ¡cuándo se parte, va el pecho tan repleto de ilusiones!... Además, a los que marchan, toda la familia y los vecinos los obsequian, y en Cangas todo obsequio es de vino. Antes de que el macho emprendiese la marcha muchas manos apurrían las jarras al jinete. Ya en marcha, había que obsequiar a los arrieros y a los compañeros de viaje, y como cada viajero llevaba su bota bien repleta, natural era que éstas menudeasen.

Es seguro que en Villadecanes, donde se hacía la primera noche –salían de Cangas a la caída de la tarde–, a más de cuatro de aquellos emigrantes les habría hecho falta una buena dosis de amoniaco.

El bagaje completo costaba hasta Madrid 40 pesetas, y ya dije que muchos iban a media caballería. De comida hacían muy poco gasto en el camino, pues a ninguno le faltaba –a la ida– un fardelillo con un lacón, una riestra de longanizas, un queso y media fogaza.

Los arrieros del Puerto eran conocidísimos y muy apreciados en todas partes. Eran francos, hospitalarios y de una honradez a toda prueba. Siento tener que llamarles arrieros u ordinarios porque su señorío, su trato, estuvo siempre por encima del carácter que suele darse a estos epítetos.

El negocio no era nada malo; cobraban bastante caro por los encargos, porque los llevaban a gran velocidad⁴. Cuando se terminó la carretera del puerto de Leitariegos y en vez de recua pusieron carromato, el negocio aún sería de mayores rendimientos. Había sábados, como el de Nochebuena y el de Pasión, en los que no les bastaba un carro, con ser enorme el que tenían, sino que cargaban dos abarrotados: en las Pascuas con dulces y golosinas que a sus familias mandaba la colonia madrileña y por Semana Santa con la cera, pues era imperdonable que un cangués en Madrid no mandase uno o dos cirios a su casa, para que los pusiesen en el monumento parroquial.

A pesar del buen negocio que hacían los del Puerto, ninguno se enriqueció. Su espléndida hospitalidad era proverbial en Cangas, allí rodaba el jamón y abundaba el buen vino. Siempre en aquellas casas había convidados, durante el verano eran diarias las meriendas y las giras, y en aquel pie, la ruina era segura y las casas vinieron a menos, aunque siempre conservando su galante acogida, su señorío y firmeza proverbiales.

El negocio va casi concluido. El Puerto de Leitariegos, si durante los meses de invierno medita bajo unos metros de nieve sobre aquellos tiempos de sus glorias⁵, en el verano es una distinguida colonia de turistas. Los nietos de aquel Basilio, de aquel Provisor, de aquel Pepín, son personajes en la banca, en la iglesia, en la milicia de España, que van de veraneo al patrio lar, donde tantos hitos y simpatías habían ganado sus abuelos⁶.

Las veredas por donde marcaba el paso el macho campanón están borradas. Miravalles, aquella posada de tanto bullicio y tanto tránsito, luce hoy palacios de acaudalados y de ilustres señores. Por el Puerto cruzan automóviles de línea que hacen en cuatro o cinco horas la jornada que antes hacía la recua en cinco días. Pienso si algún día será desenterrada alguna de aquellas resonantes esquilas, para indicar en la estación de aterrizaje de Leitariegos la llegada de tanques o aeroplanos.

VACA VAQUERA

“Vaca vaquera, vaca vaquera...” cantábamos los chiquillos y aún cantan los de hoy al ver pasar por Cangas los rebaños que suben o bajan de las brañas. Yo no he sabido nunca la copla que parece indicar ese canto, y pienso que debió de haber sido una copla injuriosa, pues instintivamente le dábamos y le dan ese deje.

Nada tiene de extraño que así fuese, pues los vaqueiros fueron muy despreciados en las tierras de Cangas⁷; tenían sitio separado en las iglesias, eso cuando fueron admitidos en ellas, formaban raza aparte y aunque su religión fuese la misma, sus mitos y supersticiones eran distintos.

Aún se significa en ellos una modalidad de raza céltica rubia de piernas largas, comercial y emprendedora, y que tiene su lugar de asiento en los pueblos costeros. Es raza que se deja apoderar por la del interior cuando se cruza con ella, y he observado que los Gancedos, Garridos, Berdascos, Gayos, Biescas, Valientes, Feitos, Gavilán, que conozco en el concejo, cuyo origen vaqueiro es indudable, han perdido por completo aquellos caracteres étnicos.

En el concejo han dejado y van dejando muchos de sus apellidos, y más aún en las montañas de Tineo y de Salas. Según ..., los apellidos Acebo, Alba, Ardura, Arnaldo, Boto, Calvín, Folguerón, Nido, Parrondo, Rubiello, Siello y otros muchos, proceden de vaqueiros. Vaqueiras son las “ches” con que tan significadamente cambiamos la “l” castellana; vaqueiros los nombres de muchas brañas y pueblos de las sierras, los de algunos enseres y hasta algunos del ganado o de sus enemigas alimañas.

De su dialecto, costumbres y carácter escribió unas meritísimas poesías don José María Flórez, cangués de gran valor, director que fue en la Escuela Normal de Oviedo,

genial artista e inspirado poeta, y un amante de su tierra. En los amenos romances del vate se refleja la sencillez pastoril, selvática, primitiva, de ese pueblo trashumante que pasa los veranos aislado en las más altas cumbres del interior, y el invierno en las playas más agrestes de la costa.

Siendo un pueblo esencialmente pastoril, sus más significadas supersticiones refiérense a las dolencias o desgracias del ganado y a la manera de curarlas o evitarlas. El vaqueiro cree en el maleficio que trae un gato negro en la braña, en el mal presagio de los cuervos, en el augurio fúnebre del aullido de un perro cuando hay enfermos graves, o en el infortunio que anuncia el graznido de un búho. Tales supersticiones son comunes a casi todos los pueblos aldeanos, y son iguales en los vaqueiros que en los habitantes agrícolas del interior, pero cuando se refieren a maleficios, esconjuros, enemigos o remedios que afectan al ganado, entonces se muestran con algunos particularismos dignos de mención.

Al salir de la costa hacia la alzada por San Miguel de mayo, cada vaqueiro pinta dos cruces negras en cada res, una en el brazo izquierdo y otra en el cuarto trasero derecho, para librarles de los ocultos enemigos que puedan encontrar en su marcha por países extraños. Al emprender el retorno repítense las cruces, y en la oreja de cada res se deja caer una gota de cera bendita, que es el mejor remedio contra diabólicos encuentros.

De un señor Ordás, que escribe desde Carceda, transcribo el mágico tratamiento para el “mal de la rana”. Dice el cronista que cuando un vaqueiro nota a su res enferma, acude al “sabio” o a la “sabia” de su braña o de alguna vecina, y al presentarse el curandero ante la res recita de ritual un saludo obligado.

Santa María de Roma venía
tres eschiavechinos de oro traía
con uno olía, con otro tejía,
con el otro el mal de la rana esfacía.

– ¿Qué tién la vaca? –pregunta el sabio, a renglón del anterior saludo–.

– Tién el mal de la rana –replica el dueño–.

Pues, dale con ruda, dale con sal,
y dale con agua de fuente pascual,
y has de ischievala a pacer
que de este mal nun ti ha de murrer.

Ordás dice también que cuando a alguna vaca se le agota la leche, es muy usual que la vaqueira cante una meritoria copla al ordeñarla:

Dalo pequenina qui sos di tinral,
qui las de becerru nun lu quieren dar.
Dalo garbancina, dámelo tú a mí,
que el rey de los Cielos te lu dará a ti.

Las vaqueiras son habilidosas en hervir la leche, en hacer quesos y natas, y en preparar la manteca. Diferéncianse de las aldeanas canguesas en lo más limpias: limpias en sus manipulaciones, con los enseres, en la casa y en su persona. Son frescas, guapas,

de belleza selvática, muchas de ellas pueden justificar los versos de Garcilaso, aunque la poesía bucólica esté algo lejos de las tosquedades de las brañas.

La vi tan hermosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.

Su traje es gracioso. El justillo lo llevan muy abierto y sujeto con muy flojos cordones. La blanca chambra, que de él pugna en infladas mangas y artísticos respuntes, dejando un amplio escote sobre el que rebasan las sartas de corales, deja adivinar, si no las muestra, unas exuberancias dignas de algunos intercalados de más realismo entre los guapos renglones de Garcilaso.

Cuando los cangueses subimos la empinada cuesta hacia la romería del Acebo, ya se ven bajar algunos vaqueros con sus ganados. Oyeron ante la imagen de todas sus devociones la misa de alba y aquella es la señal para emprender el retorno a la costa. Durante la semana que sigue a la romería, no cesan de pasar por Cangas rebaños de ganado trashumante, que es la semana en que los niños cantan con tono despectivo el “vaca vaquera, vaca vaquera...”.

Es el principio del invierno en Cangas, pasada la fiesta del Acebo “ya se quedan las sierras –dice el cantar– tristes y oscuras”. Tal fecha es llorada también en la danza prima, casi desaparecida, que conserva la música de las famosas cantigas, tan realzadas por Alfonso el Sabio:

Los vaqueiros vanse, vanse,
las vaqueiras choran, choran,
ay de mí triste cuitada
¡con quién voy dormir agora!

CORIAS

Mi abuelo era el médico del Convento, como lo fue después mi padre [José Gómez López-Braña], como lo es ahora mi hermano [Manuel], y apenas tuve fuerzas en las piernas para recorrer a pie cuatro kilómetros, con él me llevaba muchas tardes cuando iba a hacer la visita a los frailes.

Recuerdo que mientras mi abuelo subía a ver a los enfermos, me dejaba a mí en la portería con Fray Manuel el portero, un lego muy afable, de voz aguda y muy velada, de mal genio, según decían los colegiales, pero muy obsequioso conmigo, pues me daba ramos de flores que yo llevaba a mi madre, y a veces una medalla o una estampa.

Todavía vivían los frailes fundadores de aquella comunidad dominica, y eran las figuras más salientes el padre Manuel Ugarte, el padre Tomás, el padre Cal y el padre Martí, todos ellos ya viejos y venerables. No sé si de los primeros que llegaron a Corias, pero muy viejo también era el padre Monterde, buen predicador y de gran fama para improvisar un sermón, aunque fuese de dos horas. No recuerdo, es claro, el mérito de sus sermones, pero recuerdo bien que cuando el padre Monterde subía al púlpito, ya sabíamos todos que la función terminaría muy tarde.

Recuerdo haber visto en mi casa al padre [José María] Larroca, y en verdad que no se me ha despintado su figura. Era de baja estatura y no grueso, aunque los hábitos dominicos simulan a los de poca estatura sus corpulencias. Era vivo de movimientos, desenvuelto, enérgico y distinguido, y su aspecto era el de fundador, el de general de la orden dominicana, de personaje de Roma y del mundo eclesiástico. No era un tipo asceta, de tipo místico, no era un teólogo recogido en los profundos arcanos de su divino saber; era el tipo de caudillo, de hombre de acción. No se me olvida aquella cara de pómulos pronunciados, aquella nariz pequeña, aquella mirada penetrante bajo unas cejas blancas y muy largas y espesas.

El padre Larroca había sido el fundador de la comunidad de Corias. Al monumental convento, vacío desde la exclaustación, dictada por ... [Mendizábal en 1835], presentáronse un día tres frailes dominicos, de los que era Larroca el principal y el padre [Vicente] Romero su segundo. Llamaron a fray Clemente [Quiñones], un lego de aquellos exclaustrados benedictinos, que a la sazón vivía en Cangas, y con él y con Antón del Valle, criado conoedor de Corias, pasaron revista al edificio e hicieron sus planes y proyectos⁸.

Venían recomendados y protegidos por la figura sobresaliente de Cangas, don José Uría, y por eso era el hermano de éste, don Rafael, quien les daba todas las facilidades.

Sí, Antón del Valle tenía una hija muy hermosa, a la que pretendía don Rafael. Si Teresa, la hija de Antón, era la que daba las influencias a su padre ante los frailes, cosas son que no quitan seriedad a la fundación dominicana, pero que sirven como apunte para que pueda verse que hasta en las más serias empresas mete el amor mundano su cuchara.

Mientras la exclaustación y cuando el padre Larroca llegó a Corias, eran mayordomos del convento y posesiones los de Arenas, que criaban allí muy buen ganado y mantenían los caballos de los bagajes, de los que eran contratistas, teniendo a Hipólito el Sapo de espolique o demandadero. En los claustros destartalados bailaban los muchachos de Cangas y de Corias, y muchas veces me tiene contado mi madre lo que ella bailó allí con Jovita de Arvas, Jimena, Salvadorín, don Faustino y otra mocedad de aquellos tiempos.

Si más de trescientos huecos tiene el convento, apenas sí había un cristal en todos ellos. Todos los tuvo que poner el padre Larroca y él llevó albañiles para restaurar los muchos desperfectos, y carpinteros que hiciesen algunos muebles⁹, y él tenía contratadas a las costureras de Cangas y de Corias, las que en lo que es hoy biblioteca hacían colchones y sábanas, y hasta los hábitos de la comunidad naciente. La directora de costura era la Pula, hermana del médico de Cangas don Celedonio, y a éstas pagábaseles por cada capuchón, una peseta por cada escapulario y dos reales por cada colchón que pusieran.

No escatimaba el padre Larroca lo que escatiman los procuradores de estos tiempos, tenían dos criados, hijo de uno de aquéllos es el actual Cordeiro, y tenían dos soberbios caballos, uno de los cuales, el Moro, causaba el asombro de la villa y el concejo¹⁰.

Ya al llegar establecieron los frailes un colegio, y en él, de internos o externos, hicieron sus primeros estudios muchos jóvenes del occidente asturiano, que en brillantes carreras lucieron luego en la provincia y por España.

Claudia la de Cachón, a la que debo todos estos detalles, djome que en su casa, hecha también entonces, paraban muchos de aquellos estudiantes externos. Don Ceferino Grandamuella [Ceferino Menéndez Arias], el hoy alcalde de Tineo, decíame Claudia, “en esta casa paró lo mismo que Julián Gosero, procurador de aquella villa, y don Gervasio, el actual cura de Bárcena, y otros muchos que ahora son personajes. Pagaban a cinco reales diarios y algunos a peseta. Por cierto, que don Gervasio pagaba menos porque le traían la carne de su casa y comía por su cuenta”.

El que durante muchos años fue luego muy reverendo padre provincial, el diplomático padre Antonio, era entonces un rapaz, natural de Llano, que la comunidad tenía de cartero.

Cuando llegaron los frailes dominicos Corias era una aldea, pero muy pronto se hizo la casa de Cachón y en Regla apareció una blanca rectoral. Don Virgilio de Arenas hizo el caserón que ostenta dos grandes corredores; don Leandro Valdés construyó un lujoso parador a menos de quinientos metros del convento, camino de la villa; luego, la casa de Cañal, después la de don Domingo Avello, otras en Regla, otras en la carretera, y a este paso Corias va tomando aspecto de gran urbe, algo así como Londres, si por boca hablase de los de Corias.

A la puerta de casa Cachón sentábase mi abuelo después de la visita y él echaba al cuerpo medio cuartillo de tinto y yo mojaba una mantecada en el medio cuartillo. La “Cachona Vieja”, vieja, arregada, con una boca muy grande y muchas arrugas en la cara, hacía las delicias de mi abuelo con todos los cuentos y murmuraciones de Corias y los contornos. La hija de aquélla, Claudia, la que me contó todo esto, tiéneme dicho que en aquella época, si la madre entretenía a mi abuelo, las hijas hacían las delicias de mi padre, y yo sé por mi abuelo que Claudia y sus dos hermanas eran de lo más guapo, exuberante y fornido que paseaba de Corias a Cangas y de Cangas a Corias.

Si persisto en escribir mis memorias, en Corias han de verme mis lectores muchas veces, pues por mi amistad y devociones tiré siempre hacia Corias más que a Limés o a Llano, y he de poder contar de Corias muchas más cosas. Solo recordaré ahora una de las mayores delicias de mi niñez, que era la de llevar una de las borlas del estandarte en las procesiones del Corpus y del Rosario.

¡Lo que mi madre me acicalaba y me vestía para que luciese mi personita vanidosa en puesto tan honroso! No se me olvida de un día del Rosario, en el que yo estaba sufriendo de muy mal grado la “toilé” meticulosa y los atosamientos a que me sometían. En mi impaciencia infantil, llevé la mano hacia un almirez de bronce, boca abajo, en el que colocaban las calientes planchas. Me abrasé vivo, grité y lloré una hora, mandaron a la botica por linimento óleo-calcáreo, pero no quise renunciar a mi puesto en la procesión de Corias, y con la mano vendada, y aún con lágrimas en los ojos, a Corias fui en busca de los bizcochos, satisfaciendo los orgullos de mi abuelo.

Y dejemos a Corias y a los frailes, que son unos entristecedores, y vamos a ver muchachas guapas y a charlar de galanterías y amoríos.

NOCHES DE INVIERNO

En aquella crisis comercial, a la que hice referencia en un anterior capítulo, mi familia adivinó la ocasión y el negocio, y puso también comercio. Rosita, una muchacha de la villa dispuesta y avispada, era el brazo, y era mi madre el alma de la empresa. El Comercio del Médico se distinguió desde luego por las novedades, género de fantasía, puntillas, encajes, rasos, terciopelos, agremanes... y muchas clases de botones; de esos me acuerdo más que de las otras cosas porque a los botones jugaba yo en la calle, y no eran pocos los que del comercio arrampañaba. Lo peor era que los más tenían forro de tela y aquellos no tenían valor, no pesaban en la calle.

En las noches de invierno había tertulia en el comercio. No se me olvidan mis rabetas y las guantadas que yo daba a Pepina la Cuca y a Rosita cuando por orden de mis padres me llevaban de la tertulia a la cama. Al parecer, siempre me sacaban de la tertulia cuando ya estaba dormido, pero se conoce que me espabilaba entonces, porque recuerdo aquellas rabetas y pataleos.

Cierto que no me los explico ahora, porque nada sacaría yo en limpio de lo que allí se hablaba. Que me gustasen las muchachas que iban a la tertulia, no lo creo, tendría yo dos o tres años, y prueba es que me dormía. Que me perdonen Paz de Ricardo, Natalia Valledor, Pepita de Santa, Carmen de Alejandrín y algunas otras, si en aquel tiempo no sabía yo apreciar su belleza.

Ni me parecían guapas ni feas, pero yo, seguramente les parecía guapo, o al menos me lo dirían y se lo dirían a mi madre; también lo digo, y esto es el colmo del desdén, que no me hacían gracia sus besuqueos y lisonjas.

A cuento de esto recordaré algo que tiempos después fue cuento de alguna gracia.

LA CARLISTADA

(Habla Benemérito Llano).

En Cangas no había carlistas y, aunque don Estanislao y don Eduardo Ron profesaban ideas absolutistas, ellos no tuvieron arte ni parte en la llegada a Cangas de la partida de Santa Clara, antes bien, a don Estanislao se dirigieron en aquella ocasión los prohombres de Cangas para que él, por la autoridad que le daban sus ideas, se presentase a los cabecillas e influyese en bien de la villa. Así lo hizo y acaso su intervención haya influido en las consideraciones que aquellos guardaron.

Era mandada la partida por Santa Clara y Amat, y en verdad que venían poco lucidos y con poca gana de pelea. En Porley se les había caído el caballo que traían con las municiones y para sustituirlo habían robado uno muy bravo a un vecino de aquel pueblo, caballo éste muy liberal se conoce, porque en llegando a Medeo se les escapó con carga y todo, con lo cual llegaron los facciosos a Cangas sin repuesto y llenos de temores.

Temían principalmente a los de un pueblo, Velucio o Velusio, donde ellos creían que había una partida de republicanos; referíanse a Besullo y cierto es que algunos había allí organizados, pues en busca de ellos se había marchado Benigno Valcárcel, alcalde a la sazón de Cangas. Si Benigno buscó un guapo pretexto para huir de Cangas al saber la entrada de los carlistas, y si de veras iba a Besullo con humos bélicos no se sabe, lo cierto es que los de Besullo llegaron a la villa bastante después de que los carlistas se hubiesen marchado, y no hay que decir si en una noche y algo más habrían tenido tiempo a recibir el aviso y presentarse.

En la partida venía uno que había sido camarero del Café de las Columnas, de Madrid, y eso se debió a que Venancio López les acompañase por Cangas, pues el café era precisamente de su hermano, en él había estado y era amigo de aquel camarero. Tal vez contribuyó también esto la corrección que los facciosos guardaron.

Años después vino de registrador a Cangas y casó con María Gómez de Alba, un tal Morilla, que resultó ser uno de aquellos facciosos, un muchachuelo entonces.

Era el anochecer de un sábado de invierno cuando entraron en Cangas, y ya apenas quedaba aldeano alguno del mercado. La sorpresa de la villa fue enorme, y del susto murió la señora del llamado Embajador, que vivía en las escaleras de la Fuente. De los más sorprendidos fueron los oficiales de la Zona que estaban jugando en el café de Morodo, situado entonces en la casa algo más arriba de enfrente de la escuela, en la que hay hoy un café o cervecería. Más que aprisa escaparon todos y algunos dieron de narices al huir con los pacíficos invasores. Uno de ellos pasó el río a hombros de Canón de los Macines, y de Moliné se dice que pasó toda la noche en el tejado. No deben ser criticados aquellos militares, pues no les cabía otro recurso, ya que no tenían fuerzas disponibles y el hacer cara a la partida hubiese sido una locura.

A pesar de tener el yerno [Venancio López] amigos en la partida, no halló su dinero muy seguro Víctor de la Mundina [Victor de Llano], pues cruzó el río como pudo y al Fuego se fue a enterrar diecisiete mil reales. Del alcalde, ya dijimos que a Besullo se fue en busca de unos valientes dejando la vara en manos del Guajiro [Antonio Díaz González], el que se ganó una somanta, no sé si merecida.

[Los carlistas] entraron por el Mercado en dos filas, llegaron al ayuntamiento y establecieron tres cuerpos de guardia: uno en la entrada del puente de piedra y en el portal de casa de doña Pepina, otro en el Mercado y otro en el Corral. En éste, o sea en la Casa Grande, hoy de don Alberto, establecieron el cuartel general. Entre todos serían unos doscientos treinta.

Del cuartel general fueron los cabecillas al municipio, llamaron al alcalde, presentose el teniente, el que con este nombre o con el de Guajiro se ganó entonces la sopapina. No fue mucho, creo, y eso que el Guajiro figuraba en Cangas como uno de los más furibundos republicanos.

Al municipio llamaron al recaudador de contribuciones, que lo era don Román Arango, y al depositario, que lo era don Manuel Arango, pidiéronles los fondos que tuviesen, y como aquéllos presentasen unas cuentas preparadas de antemano, demostrativas de que no había un cuarto, citaron los cabecillas a los primeros

contribuyentes de la villa para que aquéllos supliesen de sus bolsillos la escasez de los fondos públicos.

Eran las doce de la noche cuando a las consistoriales llegaban bien molidos don Lorenzo de Llano, don Manuel de Ríos, don Benito Gómez, don Joaquín Arango, don Ceferino Valle y algunos otros. Hay que tener un buen recuerdo y un aplauso para don Ceferino Valle, que encarándose en el ayuntamiento con los exigentes cabecillas les dijo que de haber cuatro en Cangas como él, ellos saldrían de allí a tiros.

Santa Clara y Amat poco conformes con los libros y cuentas que les presentaban y falta de fondos públicos, exigían en compensación diez mil pesetas que los primeros contribuyentes habían de aportar de sus peculios. Tal exigencia aclaró pronto las cuentas públicas, y entonces entregó don Manuel Arango tres mil pesetas que era todo lo que tenían; mil quinientas don José Arango y más de mil quinientas en tabaco; quinientas en calderilla don Román Arango y mil el registrador de la propiedad, don Saturnino Blanco. De todas esas cantidades dejaron los cabecillas recibos correspondientes y los prohombres de Cangas vieron indemnes sus bolsillos.

Quedome por advertir al hablar de los que componían la partida que uno de ellos, el encargado de recoger los fondos, un tal Piquero, era de Pola de Siero y rentero de don Lorenzo de Llano, y algo también al parecer contribuyó esto a la buena avenencia que reinó pronto entre unos y otros.

Mientras en aquellos tratos que estaban todos en el ayuntamiento, se recató unos momentos don Ceferino Valle para escribir al alcalde de Tineo de lo que en Cangas pasaba, y para que se preparasen. Dio la carta a don Benemérito para que éste se la entregase a Canón y, otra vez pasando el río, corrió éste a Tineo y llegó a buena hora la advertencia.

Total, que en Cangas no pasó nada, y aunque si Amade recibió una bofetada al subir por la escalera de la fuente, porque dicen que dijo un “Viva la República”, ni hubo sangre ni Amade se habrá quejado mucho. Cierto que mi niñera, Pepina la Cuca, una rapaza entonces medio tonta y muy tímida, se escondió en el desván al saber que había seis carlistas alojados en la casa, pero cuando mi madre logró vencer su miedo y la hizo entrar en la cocina, donde los alojados secaban su ropa hecha una sopa, lo que antes eran temores, fueron luego coqueterías. “¡Oy! –exclamó Pepina al chisbar en la cocina y ver a los forasteros–, si son hombres como los otros”, y con ellos hizo amigable tertulia.

Los alojados y los de los retenes no pudieron portarse mejor, pagaron la comida y la bebida, y cuéntase que la bebida no fue poca, pues llevaron vino para los cuerpos de guardia, y más de seis y más de veinte de los chorreantes facciosos estaban a medios pelos.

Al Chino le compraron mil pesetas de zapatos a tocateja. Los chigres de Cangas hicieron buen agosto, y si alguna morcilla o algún chorizo faltó de algún varal, no dieron lugar a grandes quejas.

Al día siguiente, a las once de la mañana marcharon por Curriellos, dando en El Corral vivas a Carlos VII y a la religión, y no sé si al buen vino de Cangas. En Curriellos le habló a Rozas uno de los alojados en mi casa de mi abuelo, de la hermosa yegua

blanca que había en la cuadra, según mi abuelo que lo cuenta, no le gustó a Rozas que la hubiese dejado, pero se disculpó el otro con el buen trato que habían recibido.

Y esto fue todo el mal de la villa y el concejo, pues si en junio del mismo año volvió otra partida a pisar nuestras tierras, tampoco ésa dejó malos recuerdos. Llegó a Naviego el día de San Antonio, cruzó el puerto de la Magdalena y pasó a Rengos internándose en Galicia. Dio motivo esta nueva incursión a que viniese a Cangas el Regimiento del Príncipe, pero esta fuerza no tuvo en Cangas cosa que hacer y volvió a Oviedo sin haber visto una boina ni disparado un tiro.

Pero entonces fue cuando se organizó en Cangas una flamante compañía de voluntarios mandada por el alcalde don Ceferino Gamoneda, dirigíales también Alberto Ríos, que poseía un rifle muy majo. Patrullaban por las calles y salían a esperar partidas carlistas soñadas ex profeso. Cuenta Benemérito que una noche en que la bélica compañía estaba formada en la Plazuela, mandó él a Echevarría que tocase en las Huertas paso de ataque. (Echevarría tenía corneta y tocaba muy bien). Oír la fatídica música y echar los voluntarios a correr fue todo uno, y tal fue aquella alarma que Pepe Lineiro y don Ceferino Valle mandaron otro parte a Besullo llamando a aquellos valientes, parte que llevó presto el Tuerto de Santa Marina, y valientes que con gran cautela llegaron a la villa al día siguiente.

Otro día, alguien vio desde las Huertas algunos que pasaban y pasaban a caballo, y otros a pie hacia un recodo de Rañeces; corrió la voz, asomábanse tímidamente unos vecinos y reuníanse otros haciendo recuento de los batallones y escuadrones carlistas que por Rañeces iban pasando hasta que uno vio mejor, o alguna noticia llegó a Cangas de que toda aquella fuerza no era otra cosa que unos chicos traviesos que paseaban alrededor de un árbol en dos pollinas.

¹LA CASA DE FLÓREZ DE SIERRA

La casa de Flórez de Sierra es muy antigua y procede de otra antiquísima, la de Sierra, cuyo origen señalan las crónicas en tiempos muy remotos. Trelles [Jose Manuel Trelles Villademoros, *Asturias ilustrada*, 3 vol., Madrid, 1736 y 1739] señala a don Serrano como mártir de la fe en Asturias, oriundo de la casa de Sierra, y de la misma familia a don Asturio, muy apreciado del emperador Flavio Maximo. Dice que este don Asturio vivió por el año 342 y él descubrió, siendo arzobispo de Toledo, los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor.

De la casa de Sierra salieron entonces muy renombrados, como los Fuertes de Sierra, Sierra Valcárcel, Flórez de Sierra Valdés, Flórez de Sierra Queipo de Llano, Flórez de Sierra Miramontes. Del prólogo de Carballo [Luis Alfonso de Carballo, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, Madrid, 1695] parece desprenderse que la casa Flórez de Sierra parte de doña María Flórez de Sierra, la que llamaron de Cibeá, casada con un Miramontes. La casa de Sierra es nombrada en los tiempos de don Alfonso el Casto, el que al fortificar los lugares de Cangas después de la...

Del año 893 es la iglesia de Hermo y las del Salvador y San Esteban de Cibuyo. De 1093 la de San Acisclo de Piñera, San Juan de Vega de Rengos, Santa María de Tebongo, Santa María de Villacibrán, Santa María de Arbás, San Martín, San Pedro y Santiago de Besullo y San Martino de Cangas, San Pedro de Bimeda, San Pedro de Coliema, San Salvador de Berguño, Santiago de Cibeá, San Tirso de Cangas y San Vicente de Naviego. Estas iglesias, según el Padre Carballo, fueron fundadas por padres benitos en los siglos IX y X. En otro lugar, dice Carballo, que en tiempo de don Alfonso el Magno (870), andaba su hijo don Fruela fundando iglesias por el concejo de Cangas de Tineo, donde habitaba; y fueron éstas San Facundo y Santa María de Tebongo, Santa María de Perandones, Santa María de Lemmés, que ahora es Limés, San Pedro de Bimeda, San Vicente de Naviego, Santiago de Hubia, San Pedro de Coliema, Santa Eulalia de Corros, San Pedro de Adralés, San Juan de Rañeces, San Cristóbal de Robledo, Santa María de Moral, San Felipe y Acisclo de Piñera, Santa María de Armentalijo, San Cosme, San Damián y Santa María de Carballo, Santa María de Villafranci, que es Villaláz, San Martino de

Porley, Santa María de Maganes, San Esteban de Robledo, Santiago de Sierra, y Santa María de Jarceley. Todas estas iglesias y el monasterio de Corias las donó el infante a la catedral de Oviedo en el año...

² LA EMPRESA DE EXPLOTACIÓN DEL MONTE DE MUNIELLOS

(Habla Benemérito de Llano)

Llegaron los franceses a las dos de la tarde, a las cuatro no había cosa de comer en los comercios. Comercios, no había entonces en Cangas más que el de Ríos, el del Rizoso y el de la Caruja. Fue el año 60, unos días antes del Carnaval. La empresa era del Crédito Mobiliario de Barcelona, al que representaba un señor Bellota. Ensayaron a bajar la madera con chalanas desde Venta Nueva, y no resultó, y la traían en mulas hasta Cangas, y desde Cangas, en balsas río abajo. Entonces vino la familia Desbordes.

Tejón, el padre de Tole (Lulo Tejón) ganaba quince duros diarios. Bainica cinco duros, eran herreros. Duró poco aquello, unos dos años, los que duró la empresa. Subió el precio de todo. Don Lorenzo [de Llano Flórez] vendía el vino a doce cuartos cuartillo, el precio ordinario antes era dos o tres cuartos.

No había dinero cangués en la empresa. A continuación de la empresa vino la carretera y fue otro empresario, don Rafael Uría, que ganó unos sesenta mil duros con la empresa.

Una viga costó conducirla desde Rengos a San Esteban mil napoleones, iban dos chicos paseando sobre ella a la par y sin tocarse, tenía 27 metros de largo. Querían llevarla a la exposición, la sacaron de la Vallina de los Severales, era sana como un coral, la bajaron de Muniello a Cangas en tres carros empalmados de a cuatro ruedas cada uno, y desde Cangas por el río; se arregló el río solo para poder llevarla. Se pudrió en [el puerto de] San Esteban [de Pravia], pues no la sacaron de allí.

Desde la Cuadra de las Mulas, todo el arenal y los Nogales eran montones y montones de madera.

El que trajo las primeras patatas a Cangas fue don Nicolás del Riego, de Tuña. Mi tío Manolín (de don Benemérito), murió sin probarlas por creer que eran enfermas.

³ LOS ARRIEROS DEL PUERTO DE LEITARIEGOS

(Habla el tío Alonso de Basilio, calle de la Aduana, taberna, Madrid, 9 de febrero de 1918)

Tiene el tío Alonso 84 años y llevó la vida de arriero desde su niñez. Dice que el tío Basilio Cosmen fue el que dio nombre a la casa de Basilio, murió en el año 1830. Tenían recua la casa de Basilio, la del Provisor, la de Xipín, Cuatrinos, Polilla, Pelma, El Ribán, Chonos, el tío de Alonso, Pachín, Marta y la del Carpinteiro. Todos éstos hacia el año 48, cada recua tenía de 10 a 15 caballerías y alguna había de 18.

⁴ (Según Basilio)

El principal transporte era el de viajeros y de géneros, jamones y mantecas, y vino de regreso. A caballería entera costaba cinco duros de Cangas a Madrid, si el viajero se mantenía por su cuenta, y ocho duros si lo mantenía el arriero. Echaban de Cangas a Madrid 10 días. La primera dormida en La Reguera del Cabo o en Carballo o en Naviego, según el rumbo. En tiempo de verano en San Loao. Allí no había más que una pequeña venta y se comía carneiro indefectiblemente. La venta de Miravalles no era etapa en los [arrieros] del Puerto, pero era importante por los vaqueiros, por un real se daba un plato de carne y una taza de potaje. En el pueblo de la Fonda, en la casa de Gómez, había una posada. Allí nació don Elías. Costaba a seis cuartos la docena de huevos.

La segunda etapa era en el Puerto, que tocaba domingo, y allí se herraba. Tercera, Omañón; cuarta, Carrizo; quinta, Toral; sexta, Villalpando; séptima, Ventas de Vercedos; octava, Ataquines; novena, Labajos; décima, Fonda de la Trinidad en Torrelodones.

Algunas veces se topaban con ladrones. Una vez llegaron a Cangas dos huidos de Fonsagrada, iban como viajeros, pero al llegar al Puerto, los ataron y prendieron por sospechosos y los volvieron a Cangas. (En Ataquines se cruzaban los de ida y regreso, una juerga). Uno de ellos resultó ser un afamado bandido de Andalucía llamado Diego Téllez. En el Puerto, una vez, atacaron los bandidos al tío Perico, padre de Sierra, o sea, el Manquillo, abuelo de don Gerónimo Sierra, pero éste huyó a caballo. Al padre de Basilio le salieron los bandidos y le ataron, y le robaron lo que llevaba, pero no le hicieron daño. El dinero (no había billetes) lo escondían en las albardas y no llevaban consigo más que lo necesario. Los sitios más temibles eran Monte de Toroces y el Arroyo de Peregrinos, éste hacia Torrelodones. Volviendo a lo del Manquillo, hay que añadir que aunque huyó a caballo no por eso dejó de recibir un tiro en el brazo, de lo que quedó manco, y de ahí el mote “el Manquillo”, abuelo de don Fermín.

Después de eso, Martínez de Brañas, Basilio (su padre), Provisor y Xipín formaron la compañía de los carros desde Madrid a Cebrones del Río, que está entre Benavente y Astorga, pero esto duró solo hasta que llegó el ferrocarril a León, pues desde entonces, a León facturaban y paraban en Trobajos.

Llas recuas eran de cuarenta machos cuando menos. El de Carnaval para Madrid y Navidad y el de la cera para Cangas eran los viajes más importantes. En las paradas de Castilla costaba dos reales el celemín de paja y cebada.

No recuerda de ningún crimen durante su vida de arriero, pero de muchos muertos por el camino sí, la mayoría tísicos que regresaban de Madrid a Cangas.

En el Puerto había una puja el último de año para la taberna del pueblo. A veces subía la puja a mil quinientos reales, más los jamones y el vino para la merendola de todo el pueblo aquel día. Aquella taberna ganaba mucho, pues tenía la exclusiva de vender pan, vino, cebada y aguardiente, es decir, todo lo que entonces se vendía, y era la única.

En el año 1867 fue la nevada más grande que él recuerda, se le murió un macho de frío en el puerto de Murias. En general, en nevadas grandes, la nieve alcanza tres metros, pero hay otras de seis y más metros. En el techo de la casa don José se sentaba al sol en el tejado al nivel de la nieve.

Uno de la Linde era criado de un domador de fieras en París, y cuando en uno de los espectáculos atacaron las fieras al domador, entró él en la jaula salvando a su amo y obligando a las fieras a recogerse. Napoleón III le reconoció con la cruz de la Legión de Honor, y al recibirla de manos del emperador le dijo a éste que aquello lo haría en España cualquiera.

⁵ EL PRIVILEGIO DE LEITARIEGOS

En 1138, Vigil Froila hace donación al monasterio de Corias del lugar de Trascastro, y en esa donación habrán sido comprendidas las brañas de Leitariegos, ya que durante los siglos siguientes ejercen allí jurisdicción los abades de aquel monasterio.

Dícese por tradición que el primer privilegio que gozaron los de Leitariegos fue concedido por doña Urraca, la cual pasando por allí camino de León tuvo que detenerse allí algunos días, y salió con grandes dificultades a causa de una nevada. Dícese que en brazos de unos bravos pastores pudo llegar a Cabueros. En qué consistía el privilegio no se sabe, pero sí que obligaba a los vecinos de Leitariegos a albergar y socorrer a los transeúntes, sobre todo en invierno.

Alfonso X decreta que los del Puerto “non paguen alcabalas, nin pedido, nin monedas, nin martiniega, nin yantar, nin servicio, nin empréstito, nin fonsado, nin fonsadera, nin vayan a llamamiento de hueste nin de cabalgada, y que sean quitos de velas e de Rondas y de los otros pechos e pedidos y tributos que sean usados e por usar en cualquier manera que a nos pertenezca y de los otros pechos y de la nuestra tierra echaren e derramaren entre sí, en cualquier manera agora y de aquí allante para siempre jamás que nombre haya de pecho”. En el mismo diploma, dado en Burgos (1326), decreta Alfonso X “que non paguen portazgo en todas sus arrierías y mercaderías que llevase o trayese de cualquier parte que sea en todos nuestros reinos, salvo en Toledo, en Sevilla y en Murcia”.

La jurisdicción abadial de Corias cesó en 1577 cuando por breve pontificio de Gregorio XIII pasó a dominio de Felipe II.

Las franquicias de Leitariegos cesaron al implantarse en España la igual tributaria y abolición de muchos de aquellos privilegios (1850). Si algo conservaban todavía desapareció en 1879 al abrirse la carretera de La Espina a Ponferrada.

Los de Trascastro pagaban al Puerto renta por venir a tocar el cuerno al Cascaro. También los del Puerto iban a tocar el cuerno para indicar el camino al Melayo (hacia Laciana). A él [el tío Alonso de Basilio] le tocó todavía el ayudar a poner los varales indicando el camino. Dice que esta obligación era solo para cinco vecinos, los únicos que había en el Puerto en tiempos de doña Urraca. Dice que el privilegio nombra Lazariegos, que viene de un vaqueiro llamado Lázaro, que fue el primero que sentó allí y de ahí el nombre de Lazariegos.

En el 97 entró Leitariegos en sorteo a quintas, aquel año no tocó a ninguno, pero el 98 le tocó a Juan Tablado, llamado Juan el Gordo, y fue a la campaña de África, en el servicio gastó todo lo que había heredado, pues vendió a Xipín lo que tenía y en la casa vieja de aquél construyó Xipín la casa nueva.

⁶ Aunque el Puerto ha mermado mucho: faltan las casas de Cuatrinós, la de Justo Martínez y la de Andrés de Manolo.

⁷ No eran tampoco los vaqueiros muy propicios a sus enemigos del interior, y la siguiente copla se expresa claramente:

Lu que venga del marnuetu
y lu que venga del xaldu
pa la braña del vaqueiru,
la mia parte doila al diablu.

⁸ LLEGADA DE LOS DOMINICOS AL MONASTERIO DE CORIAS EN 1860

(Habla Claudia la de Cachón, de Corias)

De los tres que vinieron uno era el padre Orge, alto y muy grueso, aquél ya no volvió. Vinieron aquellos tres en víspera de los Santos, echaron el antejo por los claustros. “Aquella tarde medio Cangas estaba en Corias, se soltaron la mar de voladores y los tres frailes fundadores marcharon a dormir a Cangas a casa de Félix Villa. Marcharon de Cangas al día siguiente”.

Donde está ahora la Virgen del Rosario, estaba San Benito. Al tirar la última piedra saltó un pedazo, que partió la cabeza de aquel santo, que era de madera.

El primero que tenía vara alta en el convento, antes de don Eduardo, era don Gregorio Regueral. De los más visitadores de los frailes era el Rizoso y don Bernardo el Salvador.

Aquellos fundadores eran exclaustros diseminados por España. El padre Tomás [Susiac] estaba de capellán en un hospital. El padre Salvador estaba de ermitaño hacia Valencia, que por obediencia lo obligaron a venir. El padre Larroca había sido catedrático de Napoleón III, preceptor.

⁹ El Jorro era el vaqueiro que les traía más mercancías. Pachín el del Puerto el vino. Al principio había vino de Cangas, pero pronto lo trajeron de Castilla. Cuando llegaron bebían un tarro que ¡ya, ya! ¡vaya unos tarros que repartían a los trabajadores y a la gente de Corias! Según mi padre, cuando vinieron encargaron a Jerez una bota de vino, sin saber la cantidad que significaba, y se encontraron con un bocoy.

Tenían veintiocho peones trabajando y todo lo dirigía el padre Larroca. Un artista del concejo de Tineo y el que trajeron como más distinguido, ganaba cuatro pesetas y mantenido, y fue el que pintó las armas del altar mayor. Se hizo el altar del Cristo (¡Dios de Dios! Si habrá sido ese primer artista el que pintó las canterías del atrio, de la iglesia y de los claustros). Era de Villatresmil, y era el de Monjardín, su nombre. De la que vinieron pagaban los jornales a tres reales, de ahí no salieron. Cuando lo de la [construcción de la] carretera [La Espina-Ponferrada] no acudían jornaleros al convento, pero el padre Larroca no quiso pagar más.

¹⁰ El primer criado fue Mundo el de la Florida; después, Daniel del Aire; luego, Álvaro. Yendo el padre Larroca en la diligencia con unos curas hacia Oviedo, uno de ellos díjole. “A que no sabe lo que decimos. Que todos cambiaríamos nuestra casería por la suya”. “Pues yo –respondió el padre Larroca- no cambiaría la mía por la de todos vosotros”.

El padre Larroca fue luego rector de Corias. El padre Orge era general. Cuando éste fundó la botica conventual asesorándose en mi abuelo, médico de la comunidad, mi abuelo asignaba cantidades moderadas a los medicamentos más enérgicos. “Una onza de extracto de opio, -decía mi abuelo”. “Cómo una onza, -decía el general-, dos libras”, y así montaron una botica, en la que aún quedan medicamentos adquiridos en aquella fecha.

Estaba en el convento la cárcel del partido y la botica única del concejo. Don José Llano pasaba la vida en el calabozo, del que escapaba algunas veces. Estaba interno. Había dos gemelos de San Antolín, los dos sumamente traviesos.

Don Gregorio Regueral, que era administrador de Corias antes de los de Arenas, andaba tocando con un martillo todas las imágenes del convento pensando que cuando la exclaustroación habían escondido en ellas tesoros.

